

XXXVII

Notables curaciones de niños, obradas recientemente
por el agua milagrosa de Lourdes.

Digámoslo desde luego; parece que la dulce y maternal Virgen de la gruta tiene una predilección especial á los niños; á una niña, la pobre Bernardica, quiso aparecerse en las rocas de Massabielle, y á los niños, vivas imágenes de su Infante Jesús, dispensa con preferencia sus milagrosos favores. De este modo llena entonces un doble objeto, curando el corazón de la madre con el mismo poder con que cura el cuerpo del hijo.

Hé aquí agrupados como un pequeño ramillete de capullos de rosas, cinco hermosos milagros evidentes, esplendentes, que con amor depositamos en la santa gruta á los piés de aquella que se ha dignado obrarlos.

El primero de estos milagros ocurrió en el mes de Junio de 1869 en Clermont-Lodeve, diócesis de Montpellier, en un muchacho de seis años, llamado Enrique Michel.

Este pobre niño había sido atacado de una calentura perniciosa que desde los primeros momentos puso su vida en peligro. Habían pasado los dos primeros accesos, y los médicos esperaban con ansiedad el tercero, que se presentó terrible. Enrique entró en un abatimiento que parecía ya la inmovilidad de

la muerte. Su figura era cadavérica. El abuelo de Enrique había muerto de igual calentura en la postración que siguió á la tercera lesión.

El médico había dicho ya á la hermana mayor: «Es perdido;» y á la Religiosa que cuidaba al enfermo acababa de decir confidencialmente: «Id á encontrar á su madre, preparadla, y del mejor modo que podais anunciadle que su hijo tiene los instantes contados.»

La pobre madre, atónita, se había retirado á su aposento, donde oraba hacía tres horas, esperando que la Hermana viniese á traerle la fatal noticia. De repente siéntese inspirada de hacer un voto á Nuestra Señora de Lourdes y promete hacer una peregrinación con su hijo, si la Virgen Inmaculada se digna salvarlo. Levantóse en seguida diciendo á su hijo: «Ahora ¡cúmplase la voluntad de Dios! voy á dar á Enrique agua de Lourdes. Es la primera cosa que bebió al nacer; será la última antes de su muerte.» Aquel mismo día había desaparecido todo peligro.

Tres meses después esta piadosa señora, cumpliendo su voto, refería delante de la gruta lo que la Santísima Virgen había hecho por su querido hijo; y el mismo Enrique estaba allí, fresco, vigoroso, gozoso, oyendo su historia. «Mamá, dijo, he rezado tres veces la oración á la Virgen Santísima. ¿Qué debo hacer ahora?» Su madre lo introdujo en la gruta, en la que la familia rezó el Rosario con un fervor fácil de concebir.

En Tolosa quiso la Virgen coger la segunda rosa de nuestro ramillete; y hé aquí como un piadoso hijo de San Francisco, el P. María Antonio, trasladó el hecho al director de los *Anales de Lourdes*:

«Mientras yo predicaba el Jubileo en una de las grandes parroquias de Tolosa, se me presentó una joven madre de familia, hablándome con viva emoción de Nuestra Señora de Lourdes, y diciéndome que quería confesarse para ofrecerle una Comunión en honra suya y pagarle una deuda de reconocimiento. Refirióme la interesante historia que acompaño. Será muy útil su publicación para bien de las almas, porque en ella se verá cuánto atiende Nuestra Señora de Lourdes á la pureza de conciencia, y que una Confesión y una Comunión bien hechas son los medios por excelencia para alcanzar sus favores.

«Hé aquí el hecho al pié de la letra:

«Los cónyuges Montcassin, habitantes en Tolosa, tienen un niño llamado Luis, nacido en 25 de Julio de 1867, y enfermo desde su nacimiento. Esta enfermedad que, según los médicos, provenía de una gran debilidad de los riñones, lo había postrado de tal modo, que no podía valerse. Aunque tenía ya cerca de tres años de edad, no sólo no podía sostenerse derecho, pero ni poner los piés en tierra sin prorrumpir en gritos de dolor.

«Después de muchos cuidados, los médicos habían renunciado á curarlo; sin embargo, por consejo de uno de ellos, su madre lo llevó á las aguas de Bigo-

re. En ellas, lejos de mejorarse, se agravó su enfermedad, y el médico inspector de las aguas, dió todavía menos esperanzas de su curación que los médicos de Tolosa.

«La madre desolada convierte entonces todos sus pensamientos y esperanzas hacia Nuestra Señora de Lourdes; pero, á fuer de buena cristiana, no quería pedir á la Santísima Virgen un favor sin merecerlo en lo posible, purificando su alma de todo pecado para hacer una fervorosa Comunión en honor de María. Mas, hallándose ausente su confesor, se vió obligada á dejarlo para el regreso.

«Parte para Lourdes con su hermana y el niño; allí oye misa con la mayor devoción, hace arder un cirio en la gruta durante la misa, y deja otro para luego después: mete dos veces á su hijo en el baño, una antes y otra después de la misa. No se obtuvo la curación; mas hubo de maravillarla, y con ella á todos los peregrinos que se hallaban al rededor de la pila, la circunstancia de que el enfermo sumergido distintas veces en el agua hasta la cabeza, no quedaba mojado, ni experimentaba sensación alguna estando el agua muy fría, y su cuerpo muy delicado.

«Atónita, pero sin tratar de explicar este misterio, la madre hizo su provisión de agua de la gruta y regresó á Bigorre.

«Al siguiente día, por la mañana, hizo beber de aquella agua al muchacho; frotóle con ella los riñones, y fué á confesarse. Recibió la absolución, y no

obstante su impaciencia por ver el milagro que esperaba después de la Comunión que había prometido, creyó mejor aguardar al día siguiente. Por la noche y á la mañana siguiente, hizo beber otra vez agua al niño, y le frotó los riñones; después llena de confianza en la Virgen Santísima, se fué á hacer su Comunión con todo el fervor posible. Era el domingo 26 de Septiembre. Inundóla de consuelo aquella Comunión, y volvió al lado de su querido hijo con la certeza de que sería curado.

«Apenas llegó al portal de su casa oyó que su hijo gritaba detrás de ella, y andaba sólo con paso firme y apresurado, y poniéndosele delante, extendía sus bracitos, y clamaba gozoso: «¡ Venid, mamá, venid! Viendo el milagro la mujer que cuidaba al niño durante la ausencia de su madre, y de cuyos brazos se había escapado, cayó de rodillas y se puso á gritar y llorar. La madre lloraba aún más, postrada también, y levantaba los ojos y manos hacia á María. «¡ Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡ oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡ cuán grande sois! ¡ cuán buena!» Y el niño saltaba de gozo y repetía: «¡ Mamá, yo quiero besar á la Santísima Virgen!» Y desde entonces no cesa de repetir estas palabras cuando su madre le habla de la Virgen, ó cuando ve alguna imagen. Para él todas son la Virgen Santísima, y siempre quiere besarlas.

«Su enfermedad ha desaparecido completamente; su curación ha sido instantánea, radical; se encuen-

tra perfectamente, y anda mejor que cualquiera. Yo mismo le he visto andar, y he admirado su agilidad y su gracia.

«La feliz madre escribió al instante la buena noticia á su marido; llevó su hijo al altar de la Virgen del Carmen; y se le escapó de las manos para ir á encontrar á María, á quien quería abrazar; púsole al cuello, al pié del altar, la medalla de Nuestra Señora de Lourdes, que el niño no cesaba de besar con amor. Hizo la promesa de llevarlo á Lourdes tan pronto como pudiese, en acción de gracias, y de hacer allí una fervorosa Comunión, sabiendo por experiencia cuán agradable es á María Inmaculada.

«Hé aquí los hechos escritos tales como los refirió la madre, y cuya autenticidad garantizo.

Nuestra tercera rosa es la más hermosa de las cinco. Es la del centro de nuestro ramillete de milagros. Representa una buena y amable niña de catorce á quince años de edad, hermana de un alumno del colegio de Padres jesuitas de Amiens, el cual refiere del modo siguiente, cómo Nuestra Señora de Lourdes favoreció á su hermanita el día 15 de Julio de 1870:

«Mi hermana se llama María. Habiéndose caído de lo alto de un mueble á la edad de cuatro años, se hizo un ligero daño en una pierna. Pero empeorando luego el mal, á pesar de los remedios y de los tormentos que le hicieron sufrir continuamente, fué condenada por la docta facultad á cojear toda su vida.

«Once años habían transcurrido. Hace tres sema-

nas que estando en el colegio de Lambersart (cerca de Lille), empezó á sentir dolores más y más agudos; por lo que mis padres fueron á buscarla. Consultóse de nuevo á muchos médicos, y al cabo de ocho días de remedios, empezó á formarse un absceso. Era lo peor que podía sobrevenirle, y se empezó ya á desesperar. Habiendo mi madre oído hablar de la eficacia del agua de Lourdes, hizo traer una botella de aquel líquido milagroso que brota de los pies de la Virgen de bondad.

«Aquí copio textualmente la carta que me escribió mi buena madre:

«Ayer, viernes (15 de Julio), empezamos nuestra novena, que consistía en tres rosarios, letanías é invocaciones á Nuestra Señora de Lourdes. Un rosario por la mañana, y fricciones en la pierna. A las dos otro rosario, y nueva fricción..... ¡Oh milagro! veo estirarse la pierna de tu hermana, el dolor desaparece, Mariquita hace movimientos. Menéa en todos sentidos su pierna, y quiere bajar de la cama. Viendo su insistencia, la dejé ir, y anduvo sin dolor; su pierna estaba flexible. Iba, venía, corría por su cuarto. Nosotros todos llorábamos, y puedes comprender con qué sentimiento dábamos gracias á Dios y á la Virgen Santísima, tan bondadosa para nosotros. Yo no podía dar crédito á mis ojos, ¿pues quién mejor que yo podía conocer la magnitud del milagro que Dios obró á favor nuestro?»

«Tal vez algunas personas pedirán los nombres

de los testigos. Yo les suplico crean que no faltan testigos: hay más de diez médicos, algunos de los cuales han adquirido gran nombradía, y dos colegios, en uno de los que mi hermana estuvo por espacio de cuatro años. ¿No es más de lo que se necesita para justificar que mi pobre hermanita era coja é incurable?

«Y ahora, ¿qué puedo hacer, oh Virgen Inmaculada, sino rendiros gracias con todo mi corazón, alma y fuerzas, á Vos que todo lo alcanzais de vuestro divino Hijo, y cuya bondad iguala á su poder? Sí, os lo juro, bondadosa Virgen; mientras viva, tendré á orgullo llamarme hijo y servidor vuestro del todo adicto.»

«La curación de la niña coja ha sido, como tantas otras, repentina, sin transición, y no ha dejado huella alguna de una enfermedad que á ciencia y vista de todo el mundo duraba once años hacía.

«La Virgen Santísima ha encontrado medio de coger nuestra cuarta flor en un jardín protestante. El lunes 4 de Julio de este mismo año, 1870, ha curado sobrenaturalmente y sin convalecencia, en Mornac, parroquia mixta de la diócesis de la Rochela, á un pobre niño de dos meses que estaba atacado de *mijo*.

«La boca, labios y garganta del pobre niño estaban cubiertos de innumerables granitos purulentos, que amenazaban con una rápida gangrena. Era una horrible llaga que exhalaba un fétido olor.

Sin tardanza fué trasladado el niño á casa de un médico. Este no se hallaba en casa, y su mujer manifestó que la enfermedad le parecía grave, y que á ella habían sucumbido, á pesar de los cuidados empleados y de los mejores remedios, dos ó tres niños de la vecina comarca.

¡Qué dolor para los pobres padres! de regreso á su casa no saben qué hacer para aliviar al menos á su hijo, ya que no tienen esperanza de salvarlo.

En su tribulación, la tía del enfermo lo toma en sus brazos, y lo lleva á algunas casas pidiendo recursos. Entra en la de una señora católica, y en ella cinco ó seis personas son testigos del triste estado del pobre niño.

«De repente, escribía esa buena señora, pienso en Nuestra Señora de Lourdes; mas ¿cómo hablar de ella á una protestante? «— ¿Queréis, le dije, que haga tomar al niño una agua que tengo, y que le «refrescará?»—«Sí sí, exclamó; lo quiero y en seguida, si os parece bien.» Dile una cucharadita que saboreó, después otra, y luego abre los ojos, verificándose en él un cambio visible.

«La tía se va á su casa, llevándose una porción de aquella agua, con la cual le humedece de cuando en cuando los labios. ¡Prodigio admirable! el mal desaparece á ojos vistos; el niño empieza á tomar el alimento ordinario, que había desechado hacía algunos días. A la mañana siguiente estaba curado, tan bien curado, que su boquita, enteramente sana y colora-

da, no presentaba señal alguna de la horrorosa llaga de la víspera.

«Loca de contento y admirada, la protestante paseaba por todas partes al niño resucitado, enseñándolo á quien quería verlo, y diciendo á quien quería oírlo, que sólo el agua que le había dado lo había curado, pues que no se había valido de ninguna otra cosa, ni el médico fué á visitarlo.

«Esperemos, añade la católica bienhechora, que la Santísima Virgen completará su obra, y que tarde ó temprano conducirá al pobre niño á la verdadera fe, curando su alma como ha curado su cuerpo.»

Quinto capullo de rosa, igualmente del año 1870, año tan fecundo en prodigios de gracias y de misericordia, como en manifestaciones terribles de la justicia divina contra los reyes y los pueblos.

Es otra tía, pero esta vez una tía muy católica y piadosa, la que va á darnos cuenta de un doble milagro obrado en su sobrino por medio del agua mil veces bendita de la gruta de Lourdes.

«Este querido niño, escribía al Superior de los misioneros de la peregrinación, cuenta la edad de diez años. Atacado á la vez de un derrame seroso en el cerebro y de una albuminería aguda, estaba reducido á tal extremo, que el sábado, 11 de Junio, los dos médicos que lo visitaban habían declarada formalmente que todo había acabado para él, y que á menos de un milagro no era posible su curación.

«El domingo, 12 de Junio, por la mañana, después de haber hecho en Viático su primera Comunión y recibido los últimos Sacramentos, mientras su padre, su madre y yo aguardábamos su último suspiro, sentíme interiormente inspirada para invocar á Nuestra Señora de Lourdes, á la cual dirigí en mi corazón esta corta y sencilla súplica: «Oh María, concebida sin pecado, Nuestra Señora de Lourdes, puesto que «se necesita un milagro, ¿no podéis Vos hacerlo? «Curad á ese niño, yo os lo pido.» Después, tomando un frasquito del agua milagrosa que una de mis parientas me había dado, hice tragar algunas gotas á nuestro niño moribundo; hícele con ella fricciones por tres veces distintas en su rostro terriblemente hinchado; cada vez disminuía la hinchazón, y pronto desapareció del todo. Declaróse desde entonces una extraordinaria mejora, y pasó tranquila la noche. El lunes por la mañana con gran sorpresa de los médicos, que no podían dar crédito á sus ojos ni oídos, el niño pedía de comer, y comía en efecto sin experimentar la menor indisposición.

«Con todo, la curación no era completa; en el curso de la enfermedad, el niño había perdido la vista, en términos de no poder distinguir el día de la noche. Animada por los milagros que habíamos ya alcanzado, y bien convencida de que Nuestra Señora de Lourdes no querría dejar incompleta su obra, continué las fricciones del agua milagrosa en los ojos del ciegucecito, y el martes por la mañana, al despertarse,

exclamó gozoso: «Veo como veía antes de estar enfermo.»

«Hoy día está completamente restablecido.»

Si después de esto las madres y los hijos no aman á la *Inmaculada Concepción*, no sé en verdad qué más debería hacer la bondadosa Virgen de Lourdes para ganar sus corazones.

XXXVIII

Un obrero de sesenta años, súbitamente curado de úlceras y varices declaradas incurables

El reverendo Coux, vicario de Saint-Alain, en Lavaur (diócesis de Albi), dirigía al Padre Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relación que se recomienda muy especialmente á los libre-pensadores.

«Lavaur, 20 de Septiembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«Lo sobrenatural rebosa por todos lados en nuestro siglo ciego: hélo aquí justificado por la ciencia médica.

«Francisco Macary, carpintero de Lavaur, de edad de sesenta años, hacía unos treinta que padecía en las piernas enormes y crueles varices. El mal se